



Guadalupe Arbona Abascal

PIEL DE GALLINA

Guadalupe Arbona Abascal

Piel de gallina



© La autora y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2026

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-288-2

Depósito Legal: M-10994-2026

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, Bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Pérdida	15
9 de marzo de 2020.....	16
Una cruz y un almendro.....	17
<i>In memoriam</i> (del que nunca desaparecerá de la mía)	19
Silencios.....	22
Madrid calla (a 16 de marzo de 2020).....	22
La muchacha de pelo azul.....	24
Así que a ser tú, Guadalupe.....	25
Ver llover.....	25
Las formas de las nubes	25
Oraciones en los periódicos	26
Oportunidades.....	28
Llamada desde Grecia.....	29
Regalo de Pascua	30
Despunta la primavera	31
Poco tiempo.....	31
¿Viene alguien?	32
Una relectura durante la cuarentena.....	34
Una grave ternura.....	35
Duelos	36
<i>Helena o el mar del verano</i>	36
Entre cuatro paredes	37
La noche de Van Thuan	37

Días de Job.....	39
Diálogo a distancia.....	39
Mañana de domingo, mañana de lágrimas	41
Congelados o rotos	42
Reclusión.....	43
Jardín en el Edén	43
No es mucho pedir. <i>Not too much to ask.</i>	
<i>Non è chiedere troppo. Ce n'est pas trop demander</i>	44
Cuando el resultado son voces.....	46
Dos poemas de Iribarren	48
Una sillita para Claudia	50
Casa nueva	50
«Que yo te vea».....	51
Soria, un congreso <i>hippy</i>	51
Un tejido particular.....	52
Dos libros azules	53
Piedras pequeñas y rodadas.....	53
La noticia.....	54
Una subida en silencio	54
La nieve: pureza y quejido.....	59
Seducción	60
Las mascarillas	61
«Nueva normalidad».....	61
Cambio de planes	62
Silencios y silencio.....	63
Claudia es romana	64
En San Clemente, año 2020.....	64
Todo cambia.....	65
La Roma de un alcoholico.....	65
El Circo Máximo.....	67
Señores periodistas	67
Añadido al anterior	69

<i>Dietarios</i>	70
El coraje de decir yo (i).....	71
La vida oculta.....	71
El espejo roto.....	72
<i>El papiro de Miray</i>	73
El coraje de decir yo (ii).....	73
Se ha quedado viudo	74
Nos hace niñas.....	75
Súplica	75
El viudo	75
La helada	76
El sol proscrito	76
Dos corazones	77
Noche de UCI.....	77
¿Dónde estarían las palomas?.....	78
El vacío.....	78
Salvaría el fuego	79
La túnica rosa.....	79
«Y lloró, al fin».....	80
Cuatro azules.....	80
Hoy he visto A A.....	81
Agujas.....	81
«Un árbol. Una roca. Una nube».....	82
La no pregunta es una represión.....	82
Perdidos	82
<i>Llévame a casa</i>	83
«Sin que se note»	85
Fuga.....	86
Tres poemas de una lombarda.....	86
Columna de flores.....	89
Nada a cambio	90
Los pendientes de Claudia.....	90

Combinación de colores	90
En Soria, con el maestro	91
Buganvillas	92
Vuelve Ada Negri.....	92
Sí y sí.....	93
Homenaje a Adam Zagajewski	94
Corriente subterránea	96
Sentir de machado	97
Correo a F.	98
No ha venido Lola	99
Equipaje	99
También es mi queja.....	100
Sobredosis	100
Madre	101
Hacer una fotografía de lo que te pasa	101
El mirlo canta naranja	102
Un huevo duro	102
Con dos años	103
Esta tarde he visto las nubes	103
Un juego de palabras.....	104
Ay, esa sospecha.....	104
La perseverancia de A.	106
Hasta cinco veces.....	107
La tercera faceta.....	108
El diccionario de la abuela (i)	108
Los miedos en una historia.....	109
Se le torció el morro	109
«Aduanas de vuestro criterio».....	110
«Abrid los ojos»	110
Siempre madre	111
La primera dalia.....	111
La grieta y la luz	112

«Y yo, ¿por qué no estoy?»	112
Exámenes finales.....	113
Buganvillas: tres más tres	113
El diccionario de la abuela (ii).....	114
De los ruidos feroces al hilo musical	116
Tantos días sin escribir.....	116
Piel de gallina	116
Fracaso y éxito en un día	117
El dolor de Guillén.....	118
Como cuando todo era fresco.....	118
<i>Flower press</i>	118
Creatividad.....	119
El viernes fui Sancho.....	119
Al filo de la experiencia, con casi sesenta	121
Madres.....	121
Hijo, ¿de qué?.....	123
Tarjetas de Navidad.....	123
Navidad 2021	124
Lecturas de Max	125
Lamentaciones	127
Vivir en la boca del cráter	128
Año Nuevo	128
Los <i>aboras</i> de las manos	129
Paseo en silencio.....	131
Cuatro cafés	132
Volver	133
Santos <i>versus</i> cumpleaños.....	133
Oscuridad futura	134
<i>Still happens</i> , con perdón.....	134
Sin esto no hay pueblo ni historia.....	135
Cuánto he dejado escapar.....	136
Otra vez (y siempre) el <i>Quijote</i>	136

Sin mí.....	137
Son mis mujeres, esas que cuentan para mí.....	137
«En la brisa de aquellas horas...».....	137
Boston	138
Milagro	139
Más de cuatro.....	139
La nieve	139
Dos definiciones	141
Una punzada en el alma.....	141
Rayo de plata	142
El camino de polvo.....	142
Con discreción.....	143
Conversaciones silenciosas.....	143
Una europea contagiada	143
La pinocha cruje	144
Aniquilación	145
Coqui.....	145
Un niño nativo (cinco momentos).....	146
Un corazón arrancado	148
Los ojos de Svletana	149
Porque tengo un amante.....	150
Más tú que nunca	152
Otra Sevilla	152
Ojos amarillos.....	153
¿Qué me ha pasado con el otoño?	154
La sed de Emily Dickinson	155
Satisfacción.....	155
Lo que desata una lectura	155
Una pregunta sobre un poema de Cilleruelo.....	156
Sal derramada o lágrima por Palestina.....	157
Una madre.....	157
El toldo.....	158

La piel, un vestido único.....	159
En la memoria.....	159
Aliadas.....	160
Último día del año.....	161
Y vi aparecer su cara.....	162
Langa.....	163
Tres días en Denia.....	163
Han pasado catorce años.....	164
El almendro triste.....	165
El fardo de Emily.....	165
<i>Bombed village</i>	166
No se acaba.....	167
En la puerta de mi despacho.....	167
Luces estridentes.....	168
<i>Bios y Logos</i>	169
«Heñir».....	170
¿De campo de criptana?.....	170
Dos paisajes.....	171
Hoy son acuarelas.....	172
Cortesía.....	173
«Los buscadores de lo real».....	173
Formas de mirar.....	174
Ya no pueden mirar.....	175
Palabras sin cuerpo.....	176
Boda en la tierra.....	176
Nublado.....	177
Falta el yo.....	177
Dando vueltas.....	178
Tienen frío.....	179
Dos erratas.....	180
Cuatro años y medio después.....	182
Tierra.....	184

De la maravilla matutina a la convivencia civil	185
Al despertar.....	186
Tres colombianas	187
Un intelectual	188
Las dos monedas	189
Baño de colores	190
Dos veces Brueghel	191
Gay Talese.....	191
Decir su nombre.....	192
Narciso	193
Una hoja solitaria	194
Es una cuestión de física	195
Una docena de médicos	195
«yo no sabía lo que era el barro»	196
A vueltas con el deseo	197
Un «no».....	198
Isabel.....	198
Siempre parece poco	199
<i>Il papiro di Miray</i>	200
¿Y la libertad?	201
Antes de que acabe 2024	202
La Bobes.....	203
En mis entrañas dibujados.....	203

«El primer vestido con que Dios
cubrió a Adán y Eva fue de pieles».

Sebastián de Covarrubias,
Tesoro de la Lengua castellana o española

PÉRDIDA

He buscado las anotaciones que tenía desde enero y no las he encontrado. Era un documento del año 2019 y el comienzo de 2020. Se ve que en una de mis limpiezas del ordenador lo he destruido. J., desde lejos, ha intentado localizarlo en las remotas profundidades de mi plateado Mac: «Imposible. Pero ¿qué has hecho?». Quise liberarlo para que trabajase mejor. No lo hice bien. Ahora se han ido aquellos pensamientos y la entrada en mí de lecturas, impresiones, encuentros y reflexiones. ¿Y ha quedado algo de ellos? Los hice palabras y ahora las palabras han caído en un pozo sin fondo. ¿Queda la huella en mí de lo que he vivido? Eso espero, para que nada se pierda y quede la imagen en alguien que se haga cargo de las vidas y los pensares de los míos, y de todos los hombres y mujeres que han vivido, amado y soñado. Tal vez este borrado involuntario me esté enseñando que un día, el definitivo, tendré que abandonar lo que ha sido mi vida a un Dios que espera y mira cada pensamiento, cada alegría, cada dolor y cada desvelo. Solo un Dios así, capaz de llevarnos entre los brazos, es creíble. Los padres de este planeta llevamos muchas cosas de nuestros hijos, pero también perdemos muchas, desconocemos otras, y otras no las hemos retenido. Y, sin embargo, permanece en nosotros este deseo de que se conserve todo, de que nada se pierda.

9 DE MARZO DE 2020

Me levanto, desayuno y me visto para ir a clase. 8:15 de la mañana. Voy pensando en lo que quiero hablar con los alumnos sobre la noticia del día. «Será —presumo— sobre la manifestación de ayer, 8 de marzo y Día Internacional de la Mujer. Veremos qué sale sobre el valor de la mujer». Llego a la altura de la marquesina del autobús que hay enfrente de casa y recibo una llamada rara: es la nuera de Jiménez Lozano, Belén. Me extraña y la cojo. «Acaba de fallecer José», me dice. El tiempo se para. Me siento en un murete para no caerme porque me tiemblan las piernas y pierdo el sentido de las cosas en torno. «¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Y Dora?». Balbuceo algunas palabras de consuelo. Me voy en coche a Mojados, al tanatorio que está a unos kilómetros de Alcazarén, en la carretera de Madrid. Voy conduciendo. Hablo, miro y lloro. Hablo con algunos amigos y se lo cuento, miro cada metro del camino que he hecho tantas veces con él, lloro y me doy cuenta de lo hondo que se había metido dentro de mí.

En el camino me han hecho varias entrevistas para la radio y me han pedido un articulillo para *El Norte de Castilla*. Estas son las palabras que salieron de mí: «El escritor de Alcazarén ha dejado un vacío. Y los pájaros harán filigranas en su honor». Ha muerto Jiménez Lozano. Tenía como el rey Salomón un corazón inteligente. Su sabiduría provenía de sus largas conversaciones con hombres y mujeres de todos los tiempos. Su alegría irreductible se asomaba cuando charlaba con las palabras de una lengua nueva, la de las gentes que habían conservado el frescor de esa lengua recién estrenada, la del castellano del siglo xvi. Sus historias llenan varios anaqueles

y sus personajes nos acompañarán siempre: el mudejarillo, la Teresa de la carreta, Damián y su largo lamento sobre la Guerra Civil, las monjas de Port-Royal desafiando al poder, Ruth la espigadora, los mendigos y las lavanderas que nadie ve y él llena de honores. A nosotros nos faltará su alegría, que él, estoy segura, derramará en otros lares y compartirá con Aquel que hizo brillar todos los azules del mundo.

Nos queda desear para él lo que quiso para los más pobres, esos que viven sin nada:

En la gélida noche,
a la cabecera del cadáver del mendigo,
reluce una maravillosa puntilla o filigrana, en varias
tejida sobre la nieve por las patitas de los pájaros.
Ni los Faraones, ni los Césares,
tuvieron tal armiño en sus días de gloria,
ni en sus tumbas.

Hoy solo tenemos ánimo para hacer esas puntillas alrededor de su cuerpo y que los pájaros de Alcazarén nos ayuden a completar la tarea.

UNA CRUZ Y UN ALMENDRO

A la mañana siguiente, es ya 10 de marzo de 2020, vuelvo a escribir. Lo titulo «Una cruz y un almendro» y es parte de lo que vi el día anterior: «Antes de ayer moría José Jiménez Lozano. En el tanatorio de Mojados, al filo de la carretera entre Madrid y Valladolid, reposaban sus restos en un ataúd sin adornos. Solo una cruz sencilla, dos maderos cruzados con brazos desiguales y austeros, decía del que vivió

y escribió. Y fuera, a pocos metros de la capilla ardiente, un almendro, obstinado, se empeñaba en florecer porque bastan algunos días apacibles para que el almendro se vista de encaje y de blancor. Y entonces la memoria de sus palabras llegó a la nuestra. Las recibimos algo empañadas por las lágrimas, y a la vez descubriendo, de nuevo, lo decidoras que eran de lo sencillo y lo radical, lo reveladoras de las conversaciones de José con la hermosura y la melancolía. ¿O no es así cuando se releen estas palabras?: ‘Los hombres, porque lo somos sencillamente, parece que estamos abocados un día u otro a sorprendernos de la hermosura del mundo, y, a menos que a la especie le vayan tan mal las cosas como para que pierda el gusto por la vida, porque si no es así siempre será obstinada como los almendros. Porque también somos igualmente frágiles nosotros, flor de un día, y alguna admiración y respeto nos debemos antes de que anochezca para todos, y hiele’».

En el espacio que mediaba entre la cruz y el almendro, nos movíamos, tistes y desorientados, algunos de nosotros porque su muerte pesa mucho, nos dolía en el alma. Pero ya antes de que volviésemos a nuestras pesadeces, él se nos había adelantado y nos andaba diciendo que la pérdida es como la de «un gorrioncillo muerto» que «pesa lo que un ángel en la mano» y a la vez es «como una montaña inmensa, en el ánimo». En el cementerio de Alcazarén, el 9 de marzo de 2020 nos despedimos de él en un atardecer de pinos acariciados por el sol, y nuestras lágrimas contenidas esperan que nos revele su secreto: la de pesar lo que un ángel en la mano.

IN MEMORIAM (DEL QUE NUNCA DESAPARECERÁ DE LA MÍA)

Decido hacer en la web una sección nueva: «In Memoriam», para que quienes lo deseen —amigos, lectores, admiradores, colegas, familiares— puedan escribir lo que quisieron y no pudieron decirle, o un agradecimiento, un recuerdo... Y llegan muchas cosas. Cada vez que recibo una, pienso en él: «¿Estará contento?». Porque esto quiere ser una ofrenda a mi amigo del alma. Yo también aprovecho y le escribo mi última carta:

Querido don José:

Ya van dos días después de su viaje y no he podido decirle adiós. Eso no se hace. ¿O sí que se despidió y yo no me di cuenta? Ya me aclarará este extremo. A mí me parece que se marchó silencioso, sin avisar, y nos dejó llorando. Vino aquella señora, la de los espejos, toda enfundada en negro y con zapatos rojos de tacón alto, llevaba una tijerita en el bolso, es una ladrona astuta y nunca se la espera. Se lo llevó. Nos dejó llorando. Las mujeres solo saben llorar. Usted diría —ya lo estoy imaginando— que solamente las mujeres saben llorar, es un matiz importante y así es.

He mirado y remirado, he leído y releído, he buscado y rebuscado, sentada detrás de mi ventana, en un Madrid recluido y desolado por el coronavirus, sus garzas de porcelana y sus gatitos cortesés, sus hogueras devastadoras y sus pañuelos de sangre. He revisado sus almendros obstinados y sus cucos reidores, sus cabos de vela y sus fruteros azules. Me he enfadado con sus monarcas injustos y padecido son sus bobas de corte, he compadecido a Zuleika y al incauto Jonás, he comprado berros y esperado la «noticia» viendo la televisión, he visitado a la señora que abriga a los tomates y a la maestra que abona sus plantas, he comido aceitunas en Viernes Santo mientras movía

las cenizas, he ido a la fuente a comer moras y al pinar a ver la querencia de los búhos. Y solo Dios sabe cuándo se las oiré a usted decir otra vez estas historias con palabras nuevas. Ya se hace larga la espera. Ya no me anunciará que me envía algo o que me espera tal día y a tal hora en su pequeño «Port-Royal» o debajo de los azulejos mozárabes. Ya no me explicará la pata de cabra ni me llevará a ver una virgencita románica. Tampoco me responderá a mis preguntas ni oiré su voz. No lo veré beber Coca-Cola, ni refunfuñar porque Dora le pone verduras. Y por eso sí, le confieso que Péguy y usted tienen razón: solo las mujeres sabemos llorar.

¿Y sabe?, tengo una pregunta que hacerle y no puedo dejar de escribirle. No es urgente, pero sí importante. Sé que se las ingeniará para respondérmela. No será por este veredero, como usted llamaba al correo, pero cuando halle el modo, lo hará con magnanimidad y, entonces, yo volveré a Alcazarén a decírselo a los suyos que ahora son también un poco míos. Es una cuestión que no pude plantearle hace unos días, ni hace meses, ni siquiera cuando le conocí. Y ahora me atrevo: don José, ¿ha llegado a Emaús? ¿Ha llegado a conocer a Ese que iba con nosotros cuando charlábamos en su cuarto de estudiar o me recibía en el jardín o cuando tomábamos café debajo del sauce o comíamos en Olmedo? A Ese que Eliot llamaba el «tercero» (*third*). ¿Se acuerda?

*Who is the third who walks always beside you?
When I count, there are only you and I together
But when I look ahead up the white road
There is always another one walking beside you
Gliding wrapt in a brown mantle, hooded
I do not know whether a man or a woman
— But who is that on the other side of you?*

«¿Quién es ese tercero que camina siempre a tu lado?
Cuando cuento, solo somos dos, tú y yo, juntos;

pero cuando miro delante de mí sobre el blanco camino
siempre hay otro que marcha a tu lado
deslizándose envuelto en una capa parda, encapuchado;
no sé si es un hombre o una mujer.

—Pero ¿quién es ese que va a tu lado?».

En el camino con usted siempre ha estado este tercero, es verdad que andaba encapuchado, cubierto con un manto grueso y pardo, pero siempre ha estado a nuestro lado. Dígame ahora cómo es: ¿Se ha quitado la capucha? ¿Le ha visto la cara? ¿Qué le ha contado? ¿Cómo le ha recibido? De lo que sí estoy segura es de que ya le estaba esperando y cuando le ha visto entrar en su estancia se ha alegrado mucho. Ya sabe, Él dijo: «En casa de mi padre hay muchas estancias». Y ahora, dígame: ¿Cómo es la estancia que Él le ha preparado? ¿Ha sido la espera en vano o ha merecido la pena? Recuerdo que antes de conocerlo, usted esperaba ese Emaús:

Haces el camino de Emaús,
solo o acompañado, con frecuencia;
y ningún desconocido se unió al viaje,
nunca.

Mas Emaús está aún lejos;
quizás más adelante ocurra.

Eso lo escribía antes de 2005, pero déjeme recordarle que usted y yo sí hemos hecho ese camino de Emaús, muchas veces, aunque es verdad que ese tercero no se había quitado el manto. Por eso, dígame: ¿Ya lo ha hecho?

Suya siempre,

Guadalupe

SILENCIOS

Al silencio de la ausencia, doloroso y húmedo, se une ahora el del encierro por la pandemia. Pienso cuando nos dicen que nos quedemos en casa que a él se le ha ahorrado esta epidemia tan inesperada como extraña. ¿Qué diría? ¿Qué dirá desde esos otros lares?

Aquí abajo mi ciudad calla.

MADRID CALLA (A 16 DE MARZO DE 2020)

La ciudad calla.
Pero prestad, prestad atención,
es el silencio de un dolor.

Madrid calla,
derrama lágrimas por sus muertos.
Mi padre, mi madre, mi abuelo y mi abuela,
confinados, mueren solos
sin mano ni palabra hermana.

La ciudad calla.
Pero prestad, prestad atención,
es el silencio de un dolor.

Madrid calla,
esconde a sus niños que no salen a jugar.
«Señora, váyase a casa con los niños», dice un guardia.
La madre, entristecida,
no sabe cómo amar.

La ciudad calla.
Pero prestad atención, prestad atención,
es el silencio de un dolor.

Madrid calla,
encierra a enfermos en camas de hospitales.
Los médicos, con escafandra
y vestidos de amarillo, miran
sin saber qué hacer.

La ciudad calla.
Pero prestad atención,
es el silencio: un llanto escondido.

Madrid calla,
busca por las redes consolar la soledad.
Inventa, recrea, cuenta, ríe, bromea.
Pero esta mañana
han callado un poquito,
¿se les ha acabado la risa?

La ciudad calla.
Pero prestad atención,
es el silencio del dolor.

Madrid calla,
hasta el cielo está vestido de gris.
La noche, también de luto,
ha vertido sus lágrimas.
Nadie lo ha podido impedir.

Pero prestad, prestad atención.

El abuelo llora
mientras habla con su nieto por FaceTime.
El niño, con lágrimas nuevas,
mira a su madre para ver qué manda.
El mendigo estrena sábanas por primera vez,
y suspira al tumbarse en
una cama de hotel.

El médico se quita las gafas y dice:
«Soy el doctor Martín y va todo mejor».
La cajera observa y sonrío, y duda, y al fin ayuda
a una anciana que ha ido a comprar.

Madrid calla y el cielo habla.
En el silencio.

LA MUCHACHA DE PELO AZUL

Tiene el pelo azul y nadie sabe por qué. Se le puso azul unas semanas que estuvo en la cama, enferma. Las calles estaban vacías y ella sintió escalofríos, hacía frío. Luego vino el calor y ella se hizo toda rubor. Luego vino la primavera, y ella se sentó a su vera. Los muchachos pasan debajo de su ventana, tiran piedras. Ella se asoma y ellos, asombrados, ven su pelo azul. Cuando la ven salir, arrepentidos de sus piedras, le preguntan: «Niña, ¿por qué tienes el pelo azul?». La niña no se enfada, sube los hombros y sonrío. Los chicos se alejan contentos y haciéndose zancadillas. ¡Han visto a la muchacha del pelo azul! La muchacha duerme de día y a ratos. Y cuando sale del sueño que le cierra los párpados y le hace crecer el cabello —cada vez más azul—, habla con sus ángeles. Son tres. Hay uno alto y envarado que guarda siempre su sueño. El segundo le dice palabras de amor que ha guardado durante años sin decir en voz alta. El tercero es transparente. La muchacha le pregunta por qué no tiene color y él contesta: «Porque yo te anuncio los colores que vendrán».

—¿Y por qué tengo el pelo azul? —le pregunta.

—Porque así participas de sus colores.

ASÍ QUE A SER TÚ, GUADALUPE

Me escribe un amigo y me dice: «Tú ya sabes lo que es tener ánimo y de dónde se saca. Así que a ser tú, Guadalupe». Y es una de las frases más hermosas que he recibido nunca. ¿Y qué soy yo? En medio del cansancio, la fiebre, el apaleamiento, la tos, el agotamiento y la postración, el coronavirus... pues soy mantenida, querida y pensada. Eso soy. Desde mis pesares, salta un hilo, debilucho, delgado, de otredad. Eso soy: hecha ahora. Descanso.

VER LLOVER

Hoy veo llover desde mi ventana, caen gotas que acompañan la tristeza de tantas muertes, de tantos enfermos. Al rato leo a Joana Bonet en *La Vanguardia* y me confirma que las cosas más transparentes se nos dan para arrancarnos de la nada: «Rompe las cadenas de un estilo de vida enfermo, agitado, que apenas nos permitía un instante de tedio para ver llover».

LAS FORMAS DE LAS NUBES

Sí, también el covid ha hecho emerger preguntas inusuales, tapadas por recriminaciones, propósitos, éxitos y decepciones. Algo se ha quebrado y hasta las formas de las nubes hablan ahora. Lo dice muy bien William Ospina (*El Público*, 18 de marzo de 2020):

Es extraño sentir por primera vez (porque antes fue distinto, y lo vivieron otros) que el tejido de la civilización se conmueve y parece vacilar. [...] Ya nada parece azaroso, ni siquiera las formas de las nubes, y al fin se nos revela cuán conectados estamos, de qué manera asombrosa está entretejido este mundo. Entonces cada uno de nosotros se pregunta cuál es el mensaje.

Esa pregunta por cómo se entreteje el mundo es también mía. No quiero dejar escapar las formas de las nubes y lo que dicen cada día silenciosamente.

ORACIONES EN LOS PERIÓDICOS

Nunca pensé ver tantas oraciones en los periódicos. Empezó en abril y un amigo me manda esta oración de Joana Bonet en *La Vanguardia*. Se titula «Padrenuestro». Dejo espacio a su oración:

Padre nuestro, que estás en el cielo. De niños te imaginábamos con larga barba y tu túnica blanca encima de una nube. Cuando pecábamos dulcemente, sentíamos cierto resquemor. Ojalá no nos estuvieras observando entonces, pensábamos. En cambio, hoy nos aliviaría saber que nos miras desde las estrellas, Marte o el mismísimo infinito; que te conmueve nuestro ladrido, nuestra soledad animal. *Santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino.* A menudo te nombramos en vano, cuando nos picaba un mosquito o fallaban un penalti. Ah, y el placer, Dios. Desde hace días te invocamos a diario para maldecir el dolor, la muerte descalza en el piso de arriba, huérfanos de la fantasía de un reino inmune al mal. *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.* Nunca habíamos mirado tanto hacia arriba, desde la ventana o el balcón. La panza de

plomo ha desaparecido y la primavera cambiante va abriendo el día en grises. Al atardecer, cuando aplaudimos en un gesto de hermandad, no podemos dejar de pensar que la muerte de 700 personas, y no 900, sea una buena noticia. En el cielo las cosas van bien, pero a la tierra no se la puede mirar. *Danos hoy nuestro pan de cada día*. Comprábamos aquella idea: si los pájaros se alimentaban cada día, cómo no íbamos a hacerlo nosotros. Pero las aves son intermediarios entre cielo y tierra. De ellas deberían aprender gobernantes y empresarios en lugar de deshacernos el nido y dejarnos con el culo al aire. *Perdona nuestras ofensas como nosotros también perdonamos a los que nos ofenden*. Es el ansia de sentirnos purificados, aunque nadie salga intacto de esta. Nos hemos quedado vacíos, incluso de ofensas, por ello necesitamos perdonar y ser perdonados, descubrir cuánta insignificancia, cuánto ego herido, nos había distanciado tontamente de los otros. *No nos dejes caer en la tentación*. No es la serpiente, ni la lujuria: no hay alegría para ello. Tampoco es el lado salvaje, son tiempos absurdos para la maldad. Pero la tentación reptaba en forma de dejadez y se traduce en sorbos de ira, o de autocompasión, esa basura narcisista que nos ciega cuando no podemos desentendernos de la vida, sino desplegar nuestras armas: sanidad y solidaridad. *Y líbranos del mal*. Siempre fue la mejor frase del padrenuestro, esa oración que se sigue rezando a modo de pegamento universal, incluso entre quienes no creen o creen de aquella manera... El mal ya no es silencioso ni acecha en la esquina, está frente a nosotros. Y queremos creer, sí, creer que la luz vino y se fue. Y vino de nuevo.

Hace algo más de tiempo, el poeta León Felipe decía que «Aquí vino y se fue». Nos dejó solos, e incluso, con un deje de insolencia y una gota de desolación, decía: «Detrás de ti no hay nadie. Nadie, / ni un maestro, ni un amo, ni un patrón». Pero la soledad animal que experimenta Bonet hace deseable

ser como los pájaros, intermediarios entre la tierra y el cielo, y ella espera que vuelva la luz.

OPORTUNIDADES

Esta palabra está atada en mi inconsciente a las rebajas de los grandes almacenes. Ahora cerrados, ya nadie se ocupa de comprar cosas superfluas. Lo que se busca es lejía para desinfectar, guantes de látex, bolsas de basura y mascarillas. Nada de oportunidades de una falda o un abrigo a buen precio. Pero hay otras oportunidades que de repente hablan de que la oportunidad es la vida desvelándose ante nuestros ojos. La naturaleza de estas oportunidades es otra. Yo ya las vi durante mi enfermedad y lo reflejé en mi primer diario *Puerta principal*. Durante mis convalecencias, cosas que poco antes me parecían anodinas o como el fondo de un escenario, se me ofrecieron en toda su presencia y belleza. Es sencillo: cuando la vida aprieta, podemos llegar a las cosas que están ahí y nos sorprenden, como las hojas despuntando, y llenan la mirada de Irene Solá que lo cuenta en el artículo «Verde nuclear», recogido en *La Vanguardia*:

Hacía muchos años que no seguía con tanto interés, con tanta asiduidad, cómo salían las hojas de un árbol. Desde mis tiempos de escolarización. Desde un aula tediosa donde lo que procuraban enseñarnos me interesaba poco o nada, hasta el punto de que la evolución de la morera del patio captaba más mi atención que la pizarra. Estos días de confinamiento y casi involuntariamente sigo el desarrollo de otra morera, delante de la ventana de casa. [...] Pues eso. Pero volviendo a la morera, está empezando a sacar hojas verde nuclear, que se encogieron

«La *piel de gallina* es un reflejo involuntario. Los expertos lo explican como una reacción ante un peligro y le dan el nombre científico de «piloerección», además de describir los prodigiosos procesos que se producen en la piel —en cada poro— y debajo de ella, en unos pequeños músculos que se contraen. Lo explican como el fenómeno que provoca la sensación de un frío súbito y lo relacionan con las respuestas animales ante el miedo y el peligro. Y es así: yo siento que la piel se me pone de gallina cuando tengo miedo, pero también me sucede cuando me emociono y me estremezco. Me pasa ahora cuando de repente caigo en la cuenta de que estoy viva y que hay alguien que sostiene mi existencia. Me erizo por dentro y por fuera pensando que podría no existir y, sin embargo, existo. Es verdad que es un acto involuntario, pero pueden conocerse las razones de este proceso y racionalizarse. Unas veces es la alegría, otras la sorpresa, otras la conmoción, otras el miedo. Los italianos lo denominan *pelle d'oca* y los ingleses *goose bumps*».



Depósito Legal: M-10994-2026



ISBN: 978-84-1339-288-2



9 788413 392882